

CEREMONIALISMO DEL PERÍODO FORMATIVO EN QUILLAGUA, NORTE GRANDE DE CHILE¹

Carolina Agüero, Mauricio Uribe, Patricia Ayala, Bárbara Cases y Carlos Carrasco

Para los momentos correspondientes al Período Formativo, el valle de Quillagua se presentaba como un territorio en el que parecían haber coexistido varias tradiciones culturales, visión que hasta el momento se ha visto confirmada de acuerdo a un comportamiento como espacio de frontera e interacción cultural entre las Subáreas Valles Occidentales, Circumpuneña y Altiplano Meridional. No obstante, se ha debido reevaluar una de nuestras ideas iniciales, la cual planteaba la existencia de fuertes vínculos entre las ocupaciones formativas quillagüinas y el oasis de Atacama, e incluso, que las relaciones entre las diferentes tradiciones culturales en Quillagua, habrían podido ser controladas por poblaciones del territorio comprendido entre el Loa y San Pedro. En cambio, luego de que varios sitios de la localidad fueron sometidos a estudios de superficie, se pudo reconocer a través de la cerámica, textiles, patrones funerarios y formaciones tumulares, mayores nexos con Tarapacá y la cuenca del Loa, siendo

menos evidentes aquellos con los Valles Occidentales y San Pedro de Atacama, aunque no por esto menos importantes (AGÜERO y CASES 2001, en prensa; AYALA y URIBE 2001, en prensa; AYALA 2000 Ms).² De este modo, nuestra propuesta original acerca de la presencia de tres tradiciones culturales en Quillagua (Arica, Tarapacá y San Pedro), se vio modificada.

En esta dirección, se excavaron los sitios Qui-84 y Qui-89, considerando que ambos exhibían más claramente los nexos con los territorios mencionados y que cada uno de ellos podría corresponder a expresiones mortuorias de diferentes grupos humanos asentados en el valle durante el Período Formativo (Figura 1). Esto debido a que ambos sitios mostraban evidencias de patrones funerarios distintos, haciéndose en el primero de ellos los entierros en fosas subterráneas, a diferencia del segundo, donde el ritual mortuario parecía asociado a formaciones tumulares similares a las descritas para el valle de Azapa y para la costa entre Camarones y Tocopilla.

En consecuencia, el propósito de la excavación fue confirmar los parentescos mencionados y de esa manera ampliar desde Quillagua el conocimiento sistemático sobre el Período Formativo a partir del trabajo en sitios ceremoniales. Esto, porque en base a ellos, se han elaborado diversas interpretaciones del período en cuestión (MUÑOZ 1980, RIVERA 1976 entre otros) que es necesario someter a evaluación a partir del estudio de casos concretos.

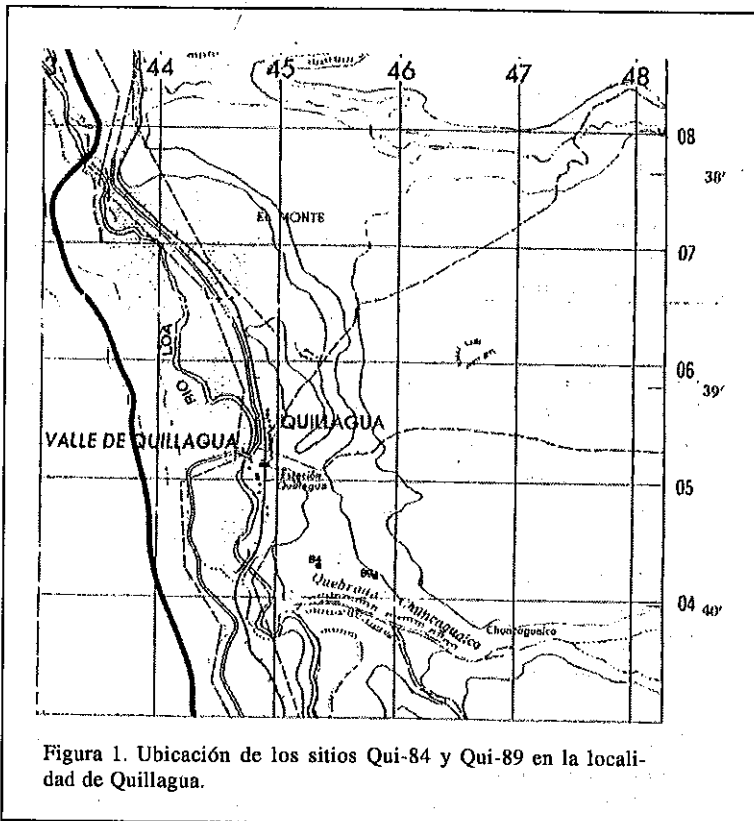


Figura 1. Ubicación de los sitios Qui-84 y Qui-89 en la localidad de Quillagua.

El sitio 02-Qui-89: Los Túmulos

El sitio Qui-89 fue denominado "Los Túmulos" de acuerdo a las formaciones monticulares que corresponden a suaves levantamientos del terreno, idénticos a aquellos de los desarrollos formativos del valle de Azapa, asignados a la fase Alto Ramírez (500 AC-500 DC), pero también identificados en distintos puntos de la costa comprendida entre la quebrada de Camarones y el río Loa.

Al igual que en los casos referidos, se observó que los túmulos de Quillagua tenían un origen antrópico producto de la acumulación intencional, a modo de capas superpuestas de restos vegetales, tierra y cultura material entre la que se distinguió líticos (microdesechos, lascas, núcleos, preformas de perforadores y perforadores), placas de mica con orificios traspasados por hilados, fragmentos de malaquita y cuentas de turquesa, trozos de madera, fragmentos de cestería, textiles (hilados, miniaturas), cerámica, láminas y cuentas tubulares de cobre, vegetales como mazorcas de maíz, vainas de algarrobo, brea y caña de río, y restos de pescados. Puesto que algunos de estos materiales —en especial líticos y cerámica— no sólo formaban parte de tales rasgos, sino que también se registraban alrededor de ellos, se confirmó que aquí existió una importante actividad humana, ligada a varios otros sitios de la localidad ya que compartían, al menos, una misma clase de cerámica correspondiente a los tipos Loa Café Alisado (LCA) y Quillagua-Tarapacá Café Amarillento (QTC) (AYALA y URIBE 2001, en prensa).

Este sitio ya había sido reconocido por Gallardo y colaboradores (1991) quienes lo denominaron Qui-65. Posteriormente fue publicado por nosotros (AGÜERO *et al* 1995) como Qui-89, y corresponde a un conjunto de 3 túmulos de camadas vegetales alargados: Túmulo Sur, Túmulo Norte y Túmulo Oeste. Se emplaza aproximadamente a 1.6 km al SE de la Estación de Quillagua, entre la segunda y tercera terraza del río Loa.

De los tres túmulos mencionados para este sitio, se excavó el mayor de ellos (Túmulo Sur) cuyas dimensiones aproximadas son 11 m en sentido N-S, 13 m en sentido E-O y 1.30 m de alto. La formación fue cuadriculada quedando su sector más bajo está en el vértice SO de la unidad 2D/SE, en tanto el punto más alto se ubica en el vértice SO de la unidad 8F/SE (Figura 2).

El proceso de excavación permitió definir una serie de formaciones estratigráficas, pudiéndose distinguir con claridad los momentos iniciales y terminales de la construcción del túmulo, pues existe una marcada diferencia en planta como en perfil de la base sobre la cual se asienta; de los bordes y el espacio que lo rodea, así como de los eventos fundacionales que realizaron sus constructores, todo ello en un mismo momento.

En este sentido, el túmulo se levantó en un lugar sin ocupaciones previas, quizás especialmente seleccionado para su construcción. Esto contempló un evento fundacional donde se colocó una primera camada de vegetales, muy acotada y limpia, que fue rodeada por un piso de argamasa gris-rosado que sirvió de base y limitó toda la estructura, sobre el cual se depositaron algunas ofrendas como un conjunto de piezas de turquesa. Entre esta primera camada vegetal sólo se mezclaron piedras, maderas (algunas trabajadas), grandes espigas de pescado e hilados, los que probablemente formaban las uniones de alguna clase de esteras. Aunque esto eventualmente también podría corresponder a un basural, la ausencia de carbón o cenizas así como de restos animales quemados, pero sobre todo los definidos límites de la camada, su forma elíptica y su acotada posición en el túmulo, apoyan la idea de cierta clase de ceremonialismo fundacional, asociado a las acumulaciones artificiales.

Posteriormente, se habría dispuesto una capa de tierra con baja densidad de materiales culturales, sobre ésta varias otras de vegetales y restos antrópicos, pero más desordenadas y mezcladas con concreciones de argamasa, generando un patrón que se repite en forma más o menos homogénea en las siguientes capas. La actividad lítica que produce material de desecho y formatizado (perforadores) se concentra en la Capa 3 de la unidad 4D/SE, por lo parece probable que allí se haya realizado una actividad intensa de taller especializado (CARRASCO 2001).

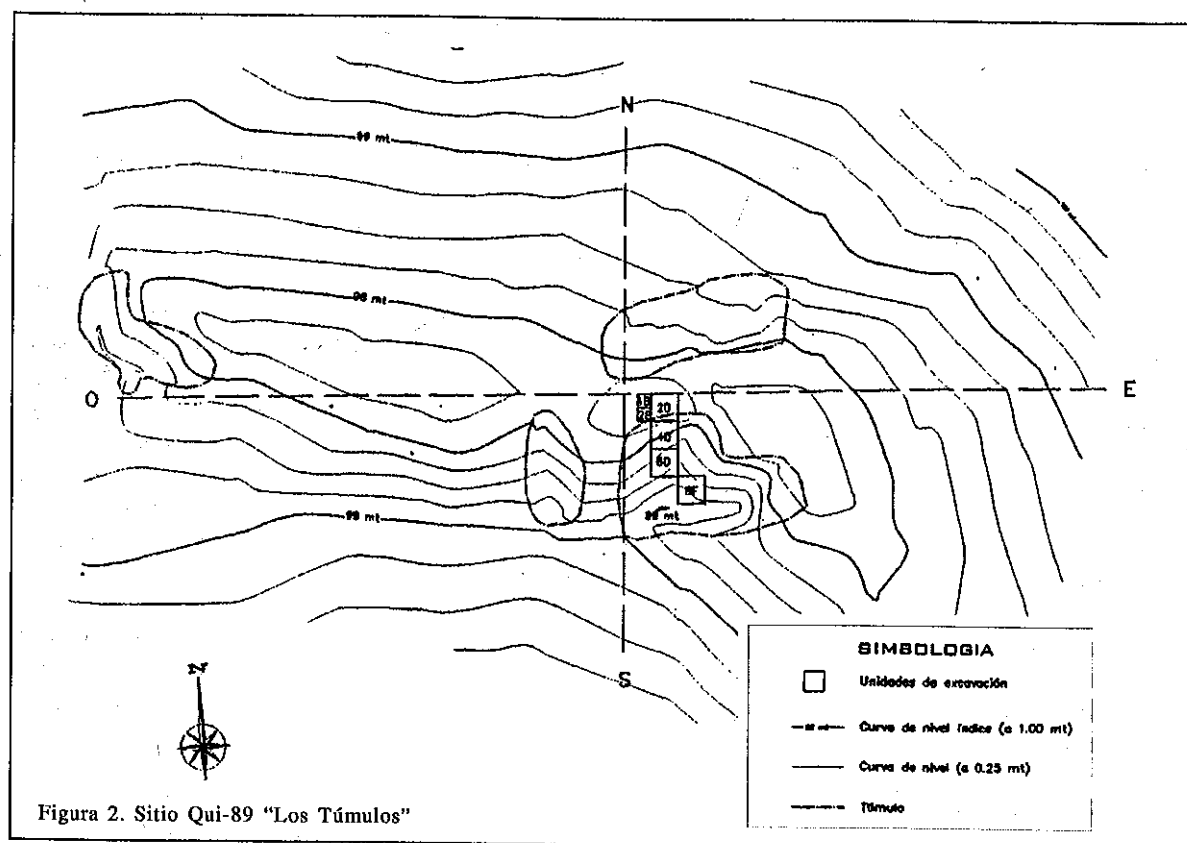


Figura 2. Sitio Qui-89 "Los Túmulos"

La construcción del túmulo debe haber tomado algún tiempo, meses o quizás años, ya que por lo menos a partir de la Capa 4 se observaron algunas intervenciones que alteraron la superposición de las camadas. No obstante, los escasos fragmentos de cerámica recuperados a lo largo de la excavación corresponden al mismo tipo LCA. Asimismo, el resto de la depositación material no muestra variaciones estratigráficas significativas, las que sólo son de ausencia/presencia o densidad de materiales culturales y no culturales. Efectivamente, parece haber habido una intencionalidad en la selección de ambos tipos de materiales elegidos para ser depositados en el túmulo, lo que les otorgaría el carácter de "ofrendas" al mismo. Entre éstas, es notable la cantidad de perforadores líticos quebrados, preformas de perforadores, de mineral de cobre y de láminas y cuentas tubulares de cobre puro, las que no presentan variaciones estratigráficas respecto a su composición (TELLEZ 2001 Ms); además de la presencia de maderas trabajadas como fragmentos de cucharas y espinas de algarrobo, las agujas de espinas de cactus, incluso enhebradas, las semillas de poroto pallar y otras usadas como cuentas (*Mucuna elliptica*), maíz, algarrobo, calabaza, chañar, pescados, conchas, lana, tejidos anillados y anudados y algunas pequeñas prendas textiles, entre otros. Aunque la construcción del túmulo podría haber tomado algunos meses, o incluso años, la ausencia de variabilidad observada en los materiales naturales y culturales depositados en las capas que lo conforman, sugerirían que por lo menos habría una continuidad respecto al grupo humano y/o cultural que lo construyó. Cabe destacar además, que sin duda, toda esta ergología es prácticamente la misma que ha sido mencionada en los estudios de los túmulos y, en general, en la caracterización material del Período Formativo del Norte Grande de Chile (MUÑOZ 1989).

Posteriormente, concluida la construcción del túmulo, se habrían enterrado objetos a modo de ofrendas a su alrededor como lo sugiere la aparición de una vasija completa boca abajo del subtipo Quillagua Café Amarillento (QCA) (AYALA y URIBE 2001, en prensa), y maderas y ofrendas de maíz dentro de un pozo en

la unidad 2B. Todos estos elementos —vasija, palos, fogón y maíz dentro de un pozo— parecen ser parte de un contexto de ofrendas al Túmulo Sur, ya que se encuentran a los pies del mismo, confirmando el carácter ceremonial de la formación.

Tras la excavación, es necesario hacer un comentario respecto de la hipótesis inicial de trabajo en la cual se proponía que este sitio correspondería a un cementerio formativo. El principal problema fue determinar en el curso de la excavación la funcionalidad del túmulo, tanto por la estratigrafía como por el tipo de materiales y rasgos hallados en ella. Frente a la ausencia de contextos funerarios era plausible pensar que se trataba de un lugar ceremonial, un basural o una vivienda con la estructura de techumbre derrumbada. Esta última idea fue desechada ya que si así fuera no se explica la existencia de evidencias de actividad lítica entre las camadas (CARRASCO 2001) ni la ausencia de restos de carbón y cenizas en el piso. Por otra parte, la idea de un basural fue descartada por la ausencia de evidencias de actividades domésticas como restos de carbón, cenizas y huesos, y a la estandarización y selección del material depositado, así como a la continuidad del patrón de deposición de las camadas con materiales culturales intercaladas con capas endurecidas y estériles. Es decir, se observó una cuidadosa actitud en la deposición de las capas orgánicas e inorgánicas del túmulo que la que podría esperarse de un basural, habiendo más bien una clara intencionalidad de distribución y ubicación de los materiales como se aprecia en la disposición y conformación de las camadas vegetales y los rasgos con deposición de diversos materiales como cuentas y trozos de turquesa y malaquita, placas de mica anudadas, placas y cuentas de cobre, hilados, y alimentos como maíz y vainas de algarrobo, entre otros.

Con esto, es claro que el orden de la deposición y el carácter de los materiales es del todo ceremonial, lo cual queda bastante claro por la ofrenda cerámica que apareció a los pies del túmulo, correspondiente a un vaso de cerámica cuyo tipo derivaría de la misma industria de aquellos que aparecen los contextos funerarios formativos de Tarapacá (Tr-40) y en al menos uno del valle de Azapa (Az-115), así como en otros de Caleta Huelén, en la desembocadura del río Loa (AYALA y URIBE 2001, en prensa).

El sitio 02-Qui-84: La Hondonada de la Momia

Este sitio fue identificado durante 1995 (AGÜERO *et al* 1995), y se emplaza sobre la segunda terraza al este del río Loa, a corta distancia de Qui-89. Se ubica en una hondonada subcircular de 40 m de diámetro, con 5 m de desnivel desde el fondo hasta los bordes superiores (Figura 3), la que contuvo varias inhumaciones lamentablemente visibles gracias a los saqueos efectuados. Por esto, se observan en superficie restos esqueléticos despedazados y erosionados, fragmentería cerámica de los tipos LCA y QTC, textiles y cestería, así como gran cantidad de placas de mica perforadas y unidas por hilados, y material orgánico, como ramas, semillas y fragmentos de madera.

Del mismo modo que en Qui-89, la excavación permitió establecer algunas regularidades en el comportamiento estratigráfico de acuerdo a la división en cuatro cuadrantes con que se trabajó el sitio. La capa superficial consiste en arena de arrastre eólico, y en varios sectores se ve interrumpida por 8 a 12 cm de nidos de insectos, lo que la vuelve notoriamente más compacta y de un color café rojizo y con un fuerte olor a descomposición orgánica.

Bajo los nidos de insectos, se presenta una capa de arena más compacta, con aumento de gravilla, y ocasionalmente cruzada por lentes blancos de afloraciones de sales, y en ella se sitúan placas de mica ofrendadas o que señalizan las tumbas. Constituye esta capa la superficie original del cementerio, y en su piso se sitúa una costra de arena compactada que es la que se habría perforado para realizar los pozos de entierro. El cuadrante NO tiene un comportamiento ligeramente distinto, ya que la costra de la superficie original corresponde a material calcáreo. Esta diferencia se ve apoyada por un uso diferencial del sitio, ya que este cuadrante presenta un menor uso del espacio y definitivamente no fue seleccionado para la

realización de tumbas ni ofrendas. No obstante, en algunas unidades, hay ofrendas de placas de mica — especialmente hacia el cuadrante NE— algunas de ellas quebradas y con las perforaciones sin concluir, constituyendo una posible zona de taller (CARRASCO 2001).

Es justamente en los cuadrantes restantes (SE y SO) donde las unidades arrojan mayor cantidad de material e información. Estas se distribuyen preferentemente en el sector central de la hondonada y en sectores de la pendiente Este. De hecho, es el sector Este el que presenta una mayor densidad relativa de entierros y de ofrendas, y por lo mismo, es donde se encuentra la mayor disturbación del sitio.

Es así que en la unidad NE-7L registramos bastantes restos de placas formando concentraciones junto a sus hilados de amarre, fragmentos de mantas e hilados. En la unidad SE-4B, a su vez, se registraron fragmentos de una túnica con la parte inferior tejida en faz de trama —tipo conocido como “Alto Ramírez” (MUJICA 1985, MUÑOZ 1989)—, sobre la cual se dispuso una red anudada en fibra vegetal, además de grandes fragmentos de otros túnicas y mantas.

En la unidad SE-9H se identificó una tumba disturbada cuya fosa ovalada tenía 110 cm de diámetro y una profundidad de 50 cm. Al delimitarla, en su inicio se encontró fragmentos de cerámica de los tipos LCA y QTC, de cestos planos, placas de mica perforadas en sus extremos y en algunos casos amarradas con hilados, restos de tejidos, vegetales, y madera de *Prosopis*. Una vez despejada la fosa, sólo las improntas de una bolsa anillada de fibra vegetal y de una manta en el piso, señalaron la antigua presencia de un fardo funerario. Existen también, fragmentos de una túnica con su parte inferior tejida en faz de trama. Al parecer, no se depositaron ofrendas en el piso de la fosa, ya que sus medidas restringidas eran sólo suficientes para contener al individuo enfardado. De este modo, los materiales de los niveles superiores parecen haber sido colocados sobre el cuerpo o en los bordes del pozo de manera similar a como se hizo con las placas de mica. Estas se ubicaron conformando tres conjuntos con forma de “caja” asociadas a restos de malaquita y vegetales (semillas, chalas y tallos de choclos), y otras que formaban una especie de semi-círculo que bordeaba parte del entierro.

Algo parecido ocurrió en la unidad SE-17D, donde se despejó lo que inicialmente se pensó, sería un contexto intacto señalado por placas de malaquita atadas entre sí y sujetas a un palo. Tal suposición resultó errónea ya que no se recuperaron *in situ* ni el individuo ni las ofrendas. La forma de la tumba resultó ser circular con un peldaño, y la cerámica encontrada en los niveles superiores corresponde a una vasija del tipo LCA y un fragmento QTC. Asimismo, el entierro habría estado señalado, o a su alrededor de él se habrían dispuesto, placas de mica unidas por hilados.

Por su parte, la unidad SW-5I y sus ampliaciones arrojó un entierro intacto compuesto por una inhumación central de un neonato en posición decúbito dorsal envuelto en una manta, y por dos pozos de ofrendas. Sobre la fosa mortuoria donde se depositó el fardo funerario, se encontraron palos que indicaban sus límites, junto a varios fragmentos de una vasija LCA quebrada intencionalmente que provenía de uno de dos los pozos de ofrendas, el que además contenía dos cestos enteros, uno boca arriba y con forma de escudilla y otro dado vuelta en forma de plato, ambos sin decoración y contruidos con técnica de espiral. El otro pozo, en tanto, contenía gran cantidad de ramas, una coronta de choclo, semillas y hojas. Por la asociación espacial de los pozos con ofrendas pensamos que éstas formaron parte del ritual mortuorio aunque bien podrían haber sido depositadas con posterioridad al entierro.

En la unidad 17H y sus ampliaciones se identificó otro entierro sin alterar, en el cual el fardo funerario de un adulto en posición decúbito lateral derecho, flectado y amarrado por una red anudada que cubre una manta, se depositó en un pozo excavado en la capa calcárea, cuyo tamaño apenas supera al del inhumado. Alrededor de la fosa, sobre la costra calcárea, se depositaron cinco concentraciones de placas anudadas, y en su interior se registraron placas perforadas formando una “caja” y otras bastante grandes, restos de semillas de algarrobo y fragmentos de una vasija del tipo QTC que fue ofrendada en los bordes de la fosa. Bajo el fardo funerario, se depositaron piedras de calcedonia dispuestas como para que éste pudiera estar bien asentado.

En síntesis, se recuperaron dos contextos mortuorios intactos (NE-17H y SW-5I) insertos en fosas de tamaño sólo un poco mayor al del fardo funerario que contienen exclusivamente a un individuo. Las ofrendas (asumiendo obedecen al mismo evento de entierro), se encuentran enterradas en pozos alrededor de la fosa funeraria en el caso del niño y en el del adulto, dispuestas sobre el piso calcáreo, teniendo aquí las placas de mica un rol protagónico.

Además, se recuperó otro entierro durante un rescate hace algunos años (AGÜERO *et al.* 1995), que junto a aquel disturbado descrito para la unidad SE-9H tienen una fosa funeraria ovalada que contenía un único individuo. Por su parte, las mayores dimensiones (2 x 1.6 m) de la fosa redondeada de SE-17D, al parecer se deben a que contuvo dos cuerpos,

uno de un adulto y otro de un infante, tal como lo ha demostrado el análisis antropofísico y el de las prendas textiles. Al margen de la cantidad de individuos, el tipo de ofrenda es claro: gran cantidad de placas de mica perforadas y unidas por hilos como formando grandes collares, y en otros casos, "cajas" (CARRASCO 2001).³ Prácticamente todos los contextos (intactos y saqueados) presentan ofrendas de este tipo, siendo posible incluso, verlas en superficie por la actividad del saqueo. Respecto a esto último, en la unidad SE-200 se encontraron dos "cajas" de placas que no estaban relacionadas a ningún contexto fúnebre inmediato, lo que sugiere que además de las actividades propias de un entierro, aquí se efectuaron otras relacionadas únicamente con la depositación de ofrendas.

Respecto a la alfarería, ciertamente su presencia no es tan significativa en términos de cantidad, ya que de las cuadrículas excavadas (40 m²) se obtuvo un total de 163 fragmentos, con los cuales se reconstruyeron cuatro vasijas, tres del tipo LCA (SW-5I, SE-17D, NE-17D) y una del tipo QTC (SE-9H), quedando prácticamente la mitad de la fragmentería cerámica sin restaurar. A su vez, los porcentajes alcanzados por estos tipos en el sitio corresponden a un 72.39 % para el primero y un 26.99 % para el segundo, acompañados de un 0.61 % de cerámica con engobe rojo. Sin duda, a diferencia de cementerios más tardíos de la localidad, aquí la alfarería no tuvo un papel significativo en las ofrendas.⁴

Por otra parte, la cestería también integra el ofertorio identificándose en la mitad de las unidades excavadas (52,63%), de las cuales solamente la SW-5I presentó cestos enteros, uno en forma de plato y otro de escudilla, ambos sin decoración. Se encontró además, un importante número de restos orgánicos como mazorca de maíz, ramas, semillas de algarrobo, coprolitos de camélidos, restos de plumas y trozos de madera que sugieren un acotado ajuar funerario. Finalmente, la posición anatómica de los cuerpos en todas las categorías etarias fue fuertemente flectada producto del enfardamiento.

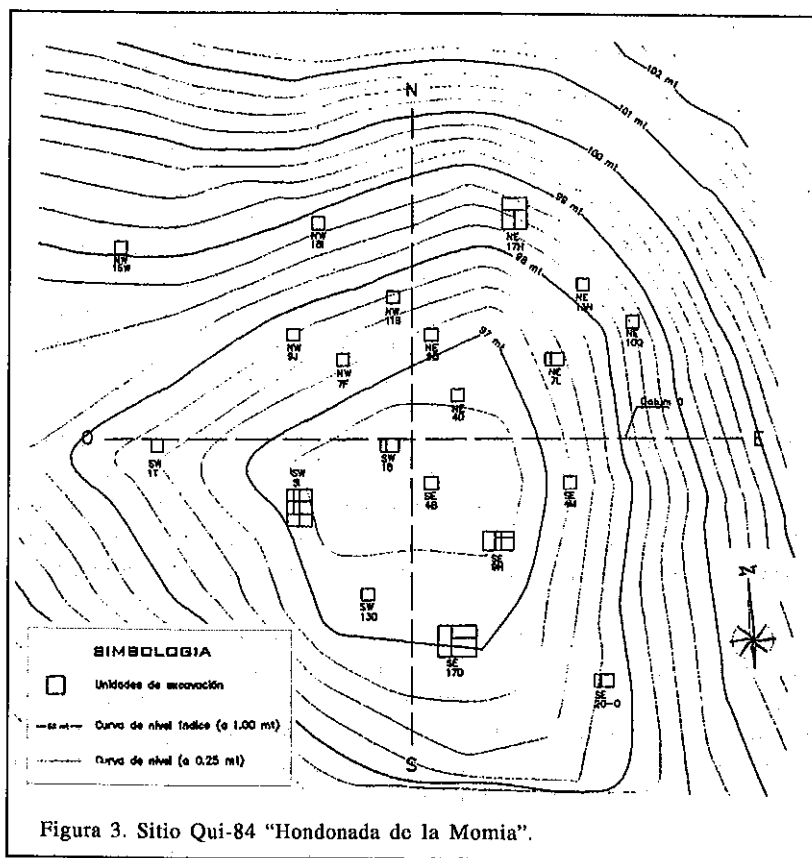


Figura 3. Sitio Qui-84 "Hondonada de la Momia".

La similitud de los materiales depositados en este sitio con aquellos de Qui-89 (p.e. placas de mica, cerámica LCA y QTC, entre otros) así como la identificación del mismo tipo de enterramiento y textiles en sitios como Caleta Huelén 10 y 20 y Az-70, nos permite asignar a Qui-84 al Período Formativo.

Comparación con otros sitios del Norte Grande

De acuerdo a sus formaciones monticulares construídas con capas de camadas vegetales, arena y argamasa, Qui-89 se asimila a otros sitios formativos del Norte Grande emplazados en zonas tan distantes como el valle de Azapa. En Az-70 y Az-122 (MUÑOZ 1980) como en Túmulo Parcela Paredes se registraron sepulturas en túmulos, mientras en Az-71 y Az-14 habían montículos pequeños sobre el entierro (SANTORO 1980). Por lo general, estos sitios se emplazan en terrazas del valle o en sectores más planos como la misma pampa Alto Ramírez.

Ya en territorios más cercanos, en la desembocadura del río Loa también hay registro de sepulturas tumulares bastante bien representadas al encontrarse en todos los cementerios formativos de Caleta Huelén 7, 10, 20 y 43 (NÚÑEZ 1971), a diferencia de aquellas en pozos excavados en la arena que sólo están presentes en Caleta Huelén 10 y 20 donde se combinan con sepulturas en túmulos. De manera similar, más al sur, en el cementerio costero de Cobija-10 se identifican túmulos mortuorios asociados a sepulturas en pozo (MORAGAS 1982).

Volviendo al curso inferior del río Loa, fuera de Qui-89 hay formaciones tumulares en Qui-90 y Qui-91, emplazándose todos ellos en sectores más bien planos. Su similitud no se restringe a los montículos sino que también al tipo de materiales depositados en superficie, entre los que se cuentan las placas de mica con orificios, los desechos líticos de calcedonia y, por supuesto, la cerámica de los tipos QTC y LCA. No obstante, esta cerámica también se distribuye en otros 47 sitios del período en la localidad, los cuales no exhiben túmulos (AGÜERO 2000 Ms).

Por otra parte, en base a los contextos recuperados de Qui-37, Qui-84 y Qui-89 (AGÜERO *et al* 1995) es posible afirmar que las ofrendas depositadas se restringen a un número limitado de objetos y productos, muchos de los cuales son comunes a otros sitios formativos del Norte Grande. Como ejemplo en Qui-89 tenemos tejidos anudados, anillados y miniaturas, todos los cuales están presentes en la quebrada de Tarapacá y en Az-115 (AGÜERO y CASES 2001, en prensa). El ofertorio cerámico por su parte, asocia de manera indiscutible a Qui-89 y a Qui-84 con la cuenca superior del río Loa y con la quebrada de Tarapacá (Tr-40) y valle de Azapa (Az-115), aunque en ambos casos se cuenta con expresiones más locales, sobresaliendo el hecho de que en Quillagua no se ofrendaron miniaturas como en Tarapacá (AYALA y URIBE 2001, en prensa).

En cuanto a la fibra vegetal, en Qui-89 registramos manojos y restos sin formatizar, los cuales son frecuentes en sitios costeros aunque también hay en algunos cementerios interiores del valle de Azapa y quebradas de Tarapacá. La cordelería de fibra vegetal se describe para el valle de Azapa, Caleta Huelén y en Quillagua en Qui-84 y Qui-89, siendo elocuente su presencia en este último. Un tipo de ofrenda exclusivamente depositada en contextos mortuorios quillagüinos son las placas de mica perforadas y anudadas con hilados, registradas en la mitad de los cementerios formativos de este oasis (Qui-84, Qui-86, Qui-87, Qui-88, Qui-89, Qui-90 y Qui-91). En Qui-89, se identificaron los instrumentos con los que se perforaron estas placas, las que al igual que la cerámica, se hicieron de manera expeditiva (CARRASCO 2001).

Por su parte, Qui-84 en relación a otros cementerios formativos de Quillagua, comparte ciertas características con el Qui-85 (Hondonada), Qui-86 (Hondonada Chica), Qui-87 (Hondonada Larga) y Qui-88 (La Cruz), al tratarse de sepulturas subterráneas que también presentan ofrendas de placas de mica y alfarería LCA y QTC. Con otros sitios ceremoniales de la localidad como Qui-89, Qui-90 (La Bajada) y Qui-91 (La Bajada Baja), comparte el hecho de que en éstos también se identifican algunas placas de mica y los mismos tipos cerámicos antes mencionados.

En Qui-89 el registro lítico evidencia un taller especializado en la confección de perforadores, los que parecieran estar siendo utilizados para perforar las placas ofrendadas en Qui-84, donde se identificó una posible zona de taller para fabricarlas (CARRASCO 2001).

Durante el Formativo los cementerios de Quillagua comparten junto a otros del Norte Grande, las tumbas en pozos hechos en el piso, siendo el tipo más generalizado de sepulturas a diferencia de sus variedades con estructura de piedra circular restringidas a la quebrada de Camarones, Cobija y Quillagua, y aquellas con tapa de piedra identificadas en San Pedro de Atacama y el Loa Medio. Por otro lado, los túmulos funerarios se concentran en el valle de Azapa y alcanzan su mayor representatividad en la costa del Loa. En Tarapacá y Quillagua la presencia de túmulos es secundaria ya que sobresalen más las sepulturas en pozos, en tanto que los entierros con pequeños montículos se restringen a Azapa (AYALA 2000 Ms).

En este sentido, los hallazgos de Qui-84 nos permiten afirmar que las tumbas subterráneas de la localidad son circulares o subcirculares, destacándose una configuración local del contexto funerario si bien se pueden distinguir ciertos elementos que plantean vínculos con otras regiones. Junto con esto, a diferencia de Tarapacá y San Pedro de Atacama donde la alfarería juega un rol protagónico como ofrenda, en Qui-84 ésta es más bien secundaria si se compara con las placas. Del mismo modo, la cestería tampoco tiene un lugar privilegiado como el que se le da en la quebrada de Tarapacá (Tr-40) y el Loa Medio (p.e. Topater), donde en muchos casos los fardos funerarios, sean de adultos o infantes, se depositaron sobre o dentro de cestos.

De todo lo anterior podemos concluir que en el oasis de Quillagua durante el Período Formativo, se distinguen contextos mortuorios y ceremoniales en los que se depositó un número restringido de elementos culturales entre los que se cuentan principalmente placas de mica, vasijas cerámicas, cestos y productos vegetales (cultivados y silvestres) y marinos, pudiendo aparecer también plumas y cordelería vegetal, los que son compartidos con la mayoría de los contextos formativos del valle de Azapa y Tarapacá, aunque al mismo tiempo muestran particularidades locales, lo que parece ser un atributo de este período.

Acerca de la temporalidad

De Qui-89 se obtuvieron tres fechados TL, de los cuales dos dataron fragmentos de alfarería del tipo Loa Café Alisado (LCA) provenientes, uno de la Capa 5 de la unidad 6D/SE dando como resultado una fecha de 670 AC (UCTL 1379), y otro de la Capa 2 de la misma unidad (sobre Capa 5), arrojando una fecha de 730 AC (UCTL 1380). Una tercera datación correspondió a un fragmento del tipo Quillagua-Tarapacá Café Amarillento (QTC) procedente de la Capa 1 de la Ampliación 2B, el que arrojó una fecha de 660 DC (UCTL 1378).

Las dos primeras fechas corresponden, a nuestro parecer, a la época de construcción del túmulo, y la tercera, al momento de la depositación de las ofrendas. La concentración de alfarería QTC en las capas de 2D/SE, y Ampliaciones 2B y 1B indica su situación posterior a LCA, pues corresponden a las últimas depositaciones sobre los Túmulos Sur y Norte. De aquí, incluso se recuperó una miniatura fracturada posiblemente emparentada con el tipo San Miguel de los Valles Occidentales, ampliando la extensión temporal y reafirmando los nexos de al menos este margen del Loa con poblaciones del extremo norte de Chile, los cuales son evidentes a partir de los inicios del Período Intermedio Tardío, e incluso antes, en el Cementerio Oriente y Oriente Alto de Quillagua (Qui-01 y Qui-02) (AGÜERO *et al* 1997 y 1999).

Aún cuando parece excesivo el lapso de tiempo de alrededor de 1000 años entre la construcción del túmulo y las ofrendas posteriores, las fechas son del todo concordantes con aquellas obtenidas de los mismos tipos cerámicos en Qui-84. En ese sitio, el tipo LCA cuenta con dos fechas: 530 AC (UCTL 1306) y 695 AC (UCTL 1377), en tanto QTC tiene una de 665 DC (UCTL 1378).

Es decir, el Túmulo Sur de Qui-89 se habría construido alrededor del 700 AC en momentos formativos tempranos y las últimas ofrendas se habrían depositado cerca del 660 DC hacia los tiempos finales del

Formativo Tardío en el Loa. Por otra parte, en Qui-84 probablemente haya sucedido lo mismo, vale decir, sus entierros se habrían efectuado entre el 695 y 530 AC y algunas ofrendas de cerámica del tipo QTC se habrían efectuado por el 665 DC. Queremos señalar que a pesar que en este último sitio ambos tipos cerámicos no presenten diferencias contextuales debido al saqueo, observándose que en todos los casos de contextos saqueados el tipo QTC se encuentra en los bordes de la fosa, o bien en las capas superiores, sugiriendo su depositación en un momento posterior al entierro del individuo, no obstante, mientras en Qui-84 no obtengamos más fechados de ambos tipos de una misma capa, queda planteada la interrogante sobre la existencia de un momento de contemporaneidad de ambos.

Conclusiones

En primer lugar, nuestra impresión respecto a Qui-89 es que el rasgo o depósito excavado corresponde a una formación tumular artificial como aquellas descritas para el valle de Azapa en los Valles Occidentales de Arica (MUÑOZ 1980, 1983, 1987), costa tarapaqueña (NIEMAYER y SCHIAPPACASSE 1963, NÚÑEZ 1971) y desértica (MORAGAS 1982) por cuanto se evidencia una superposición a manera de domo, de camadas vegetales, alternadas con tierra y restos culturales, entre los que destacan algunas ofrendas posteriores.

En consecuencia, la asignación cultural del contexto excavado es del todo formativa y análogo a aquellos que aparecen en las zonas antes mencionadas, excepto por la ausencia hasta el momento de cuerpos enterrados, no obstante, información reciente indicaría que en el extremo norte los túmulos funerarios constituyen un mínimo porcentaje de este tipo de formaciones monticulares (SANTORO com. pers. 2001). En este sentido, este tipo de construcción delata los nexos de Qui-89 con los desarrollos formativos ariqueños así como con la costa tarapaqueña y desértica, los que se habrían producido muy temprano, alrededor del 700 AC, fecha en que se habría construido el túmulo quillagüino. Cabe señalar, que la función funeraria no definiría a estas formaciones pero sí tendrían una naturaleza ceremonial, asociada a la muerte. Esto, porque al menos en Azapa, los túmulos funerarios se encontrarían asociados a túmulos sin entierros y porque en Quillagua —si bien aquello debe aún comprobarse a través de la excavación de los Túmulos Norte y Oeste de Qui-89— se hallan rodeados de cementerios del período en cuestión, como Qui-84. No obstante, podría también ser posible que ambos sitios formen parte de un mismo ceremonial. En este punto cabe destacar la relación que existe entre ambos sitios con los respectivos énfasis de materiales que presentan: por un lado gran abundancia de placas perforadas en Qui-84, y por otro, un taller de perforadores en Qui-89, y asignarles una función ritual a cada uno (CARRASCO 2001).

En relación a lo anterior, resulta evidente que existe un nexo cultural y cronológico entre Qui-89 y Qui-84, pues ambos exhiben los mismos tipos cerámicos con las mismas fechas, las mismas placas de mica perforadas y unidas por hilados, trozos de turquesa unidos con hilados, y placas de cobre, entre otros. Cabe destacar que aguas abajo, en Caleta Huelén las tumbas cavadas en pozos (como Qui-84) aparecen asociadas a túmulos en un mismo cementerio (AYALA 2000 Ms).

De acuerdo a ello, y según los datos de que disponemos, lo que difiere entre Qui-84 y Qui-89 es su funcionalidad, por lo cual es probable que lo estrictamente funerario sea resuelto por las poblaciones de Quillagua de una manera similar a como lo hacen las poblaciones de Tarapacá, es decir, usando la idea tradicional de cementerios a diferencia de Arica, donde el ceremonial mortuario y los entierros comparten un mismo sitio, como es el caso de la coexistencia de túmulos funerarios y no funerarios en un mismo espacio.

A partir de lo último, concluimos gracias a estas excavaciones, la existencia de un patrón ceremonial formativo temprano aplicable a todo el territorio comprendido entre el valle de Azapa y, por lo menos, el curso inferior del río Loa, en uso, con seguridad, por lo menos durante 200 años, entre el 730 AC al 530 AC; sin embargo, el mismo es manejado de manera particular por cada una de las poblaciones locales que en el caso de Quillagua, como tal vez en varias otras, implicó separar lo funerario de este ceremonial. En términos más generales aún, esto significaría que existió una gran interacción cultural entre las poblaciones del

Período Formativo de este territorio, pero no necesariamente son asignables a una misma entidad cultural como ha sido sugerido por algunos colegas (RIVERA 1976 y siguientes).

Aquí proponemos que estos sitios dan cuenta de esa gran interacción cultural entre las poblaciones formativas del Norte Grande de Chile, manifiesta en el ámbito ceremonial; pero en lo particular y considerando el resto de la información, el vínculo mayor en el caso de Quillagua estaría dado con las poblaciones de Tarapacá y de la cuenca del Loa, como ya lo anunciaba su industria alfarera (AYALA y URIBE 2001, en prensa), y tal como lo evidencian para un momento temprano del Formativo los resultados de las excavaciones (túmulos ceremoniales, alfarería LCA), configurando una red de interacción más acotada. Posteriormente, en un momento tardío del Período hacia el 600-700 DC, parece ser que aquella interacción se focaliza hacia el territorio tarapaqueño, tal como se observa a través de la predominancia de la cerámica QTC probablemente relacionada, por ahora, con los últimos momentos de ocupación de los cementerios y túmulos formativos de Quillagua.

Con todo, en el Loa Inferior se generaría una identidad local específica que integraría elementos propios (alfarería LCA), e innovaría en sus prácticas culturales como las ceremoniales y específicamente funerarias, razón por la cual el parecido material con Azapa y principalmente con Tarapacá, no sería total. En suma, tendríamos una identidad formativa propia o loíña de esta parte del Norte Grande de Chile, que está emparentada, pero no es del todo equivalente a las de Azapa y Tarapacá, como ya lo sugería el estudio de la alfarería (AYALA y URIBE 2001, en prensa).

En este escenario, Quillagua se constituiría en un importante punto articulador de relaciones entre la costa y las tierras altas de Atacama como lo sugieren las considerables cantidades de lana y pescado en estos contextos, sustentado en una población estable (¿sedentaria?) que explota los recursos forestales (algarrobo y chañar) y la agricultura (maíz) de este rico oasis aunque todavía, al parecer, dentro de un modo de vida bastante fundamentado en la movilidad, recolección y el intercambio (entre otros, pescado y lana), es decir, un modo de vida derivado del Período Arcaico,⁵ situación al parecer, particular del Loa a diferencia de la complejidad que hacia el 600 DC ya se vive en otros lugares como San Pedro de Atacama y Arica, por los cuales Tiwanaku ya había demostrado su interés.

RECONOCIMIENTOS

A nuestros compañeros Josefina González, Indira Montt, América Valenzuela, Daniela Valenzuela, Omar Reyes, Andrea Ponce y Claudia Silva por su cooperación en terreno, ideas y comentarios, muchos de los cuales hemos incorporado en este artículo.

NOTAS

¹ FONDECYT 1990168 "Tejidos, alfarería y cementerios: El Período Intermedio Temprano desde Quillagua, Loa Inferior."

² Los elementos propios de cada una de las regiones culturales mencionadas fueron definidos a partir del estudio de colecciones de referencia, principalmente textiles y alfareras, así como en base a un análisis de los patrones mortuorios de los diferentes sitios del período de los Valles Occidentales, Tarapacá, cuenca del río Loa y oasis de San Pedro de Atacama.

³ En este sitio se registraron 871 placas enteras y fragmentadas de acuerdo a Carrasco (2001).

⁴ Cabe mencionar que de las 19 unidades excavadas, sólo 13 presentaron fragmentos cerámicos (URIBE y AYALA 2001 Ms).

⁵ Compárese con estudios de material lítico derivado de este proyecto (CARRASCO 2001).

REFERENCIAS

- AGÜERO, C., 2000 Ms. Sitios formativos de Quillagua. Informe de Avance 1° Año Proyecto FONDECYT 1990168 (Anexo 1).
- AGÜERO, C. y B. CASES, 2001. Quillagua y los textiles formativos del Norte Grande de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica (en prensa).
- AGÜERO, C., M. URIBE y O. REYES, 1995. Nuevos sitios para la ocupación formativa del valle de Quillagua. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 24-27, Santiago.
- AGÜERO, C., M. URIBE, P. AYALA y B. CASES, 1997. Variabilidad textil en el valle de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío: Una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños* 14: 263-290, San Pedro de Atacama.
- 1999. Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua. *Gaceta Arqueológica Andina* 25, Lima.
- AYALA, P., 2000 Ms. Cementerios formativos del Norte Grande de Chile. Informe de Avance 1° Año Proyecto FONDECYT 1990168 (Anexo 3).
- AYALA, P. y M. URIBE, 2001. La alfarería de Quillagua en el contexto formativo del Norte Grande de Chile (1000 AC – 500 DC). *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Arica (en prensa).
- CARRASCO, C., 2001. Industria lítica para sitios rituales en Quillagua, II Región. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 31.
- GALLARDO, F. ET AL, 1993. Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (río Loa, II Región). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, vol. II, Temuco 1991.
- MORAGAS, C., 1982. Túmulos funerarios en la costa sur de Tocopilla (Cobija) - II Región. *Chungará* 9: 152-173, Arica.
- MUJICA, E., 1985. Altiplano-coast relationships in the South-Central Andes: From indirect to direct complementarity. En *Andean ecology and civilization*. S. Masuda et al (Eds.). University of Tokio Press, Tokyo.
- MUÑOZ, I., 1980. *Túmulos funerarios: Evidencias del proceso de agriculturación en los valles bajos de Arica-Chile*. Memoria para optar al Título de Arqueólogo. Depto. de Arqueología, Universidad del Norte, Antofagasta.
- 1980a. Investigaciones arqueológicas en los túmulos funerarios del valle de Azapa (Arica). *Chungará* 6: 57-95.
- 1983. La Fase Alto Ramírez del extremo norte de Chile (valle-costa). En *Asentamientos aldeanos en los valles costeros de Arica*, *Documentos de Trabajo* 3: 3-42. Universidad de Tarapacá, Arica.
- 1987. Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: Nuevas evidencias para definir la Fase Alto Ramírez en el extremo norte de Chile. *Chungará* 19: 93-127, Arica.
- 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (1000 AC a 500 DC), en *Culturas de Chile. Prehistoria*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- NIEMAYER, H. y V. SCHIAPPACASSE, 1963. Investigaciones arqueológicas en las terrazas de Cnanoxa, valle de Camarones. *Revista Universitaria* año 48; *Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales* 26, Santiago.
- NÚÑEZ, L., 1970. Algunos problemas del estudio del complejo arqueológico Faldas del Morro, norte de Chile. *Abband. Berich. Des Staa. Mus. Volker. Dresden* Bond 31: 79-109, Berlín, D.D.R.
- 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa, en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112, Antofagasta.
- 1981. Emergencia de sedentarización en el desierto chileno: Subsistencia agraria y cambio socio-cultural. *Revista Creces* II, vol. 2: 33-39.
- 1982. Temprana emergencia de sedentarismo en el desierto chileno. Proyecto Caserones. *Chungará* 9, Arica.
- RIVERA, M., 1976. Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo norte de Chile durante el Período Intermedio Temprano. *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*, Universidad del Norte.
- SANTORO, C., 1980. Estratigrafía y secuencia cultural funeraria: Fase Azapa, Alto Ramírez y Tiwanaku. *Chungará* 6, Arica.
- URIBE, M. y P. AYALA, 2001 Ms. Cerámica de los sitios 02-Qui-84 y 02-Qui-89: Informe sobre el material de excavaciones (Quillagua). Informe 2° Año Proyecto FONDECYT 1990168.
- TÉLLEZ, F., 2001, Ms. Análisis de muestras de metales del sitio Qui-89. Informe Proyecto FONDECYT 1990168.